

ducía á los ambiciosos y á los necios importantes. Me cogió el brazo, y apoyándose sobre él, me habló largo rato; familiaridades de gran favor, calculadas para trastornarme la cabeza, pero que eran enteramente perdidas conmigo, porque ni las comprendía siquiera. Yo le invité á ir á casa del rey, donde me dirigía.

Luis XVIII estaba muy triste: tratábase de separarse de Mr. de Blacas, quien no podía entrar en Francia, porque la opinión estaba pronunciada contra él. Aunque yo tuviese motivos de queja de la conducta observada conmigo en París por el favorito, no le manifesté en Gante ningún resentimiento. El rey había agradecido mi comportamiento, y en su enternecimiento me trató admirablemente. Ya le habían referido lo que decía Mr. de Talleyrand: «Se jacta, me dijo, de haberme colocado por segunda vez la corona sobre la cabeza, y me amenaza con volverse á Alemania. ¿Qué pensais de ello, Chateaubriand?» Yo le respondí: «Creo que se ha informado mal á V. M. Lo único que tiene Mr. de Talleyrand es cansancio; pero si el rey consiente en ello, yo iré á casa del ministro á decirle que venga.» El rey pareció muy satisfecho de esta contestación, pues gustaba muy poco de intrigas, y deseaba su tranquilidad, aun á expensas de sus afecciones.

Mr. de Talleyrand, rodeado de aduladores, estaba mas encolerizado que nunca. Yo le hice presente que en un momento tan crítico no podía pensar en alejarse. Pozzo le habló en el mismo sentido, y aunque no le tuviese la menor inclinación, gustaba entonces de verle metido en los negocios, como un antiguo conocimiento: además le suponía en favor con el Czar. Yo no adelanté nada con Mr. de Talleyrand, porque los que rodeaban al príncipe combatían mis indicaciones, y hasta el mismo Mr. Mounier pensaba que Mr. de Talleyrand debía retirarse. El abate Louix, que atacaba á todo el mundo, me dijo meneando tres veces sus quijadas: «Si yo fuese el príncipe, no permanecería un cuarto de hora en Mons.» Yo le respondí: «Vos y yo, señor abate, podemos irnos cuando y dónde gustemos, sin que nadie lo note; pero no sucede lo mismo con Mr. de Talleyrand.» Insistí aun mas, y dije al príncipe: «¿Sabéis que el rey continúa su viaje?» Mr. de Talleyrand pareció sorprendido; despues me dijo con un aire soberbio, como él acuchillado á los que querían hacerle desconfiar de los designios de Enrique III: «No se atreverá á ello.»

Volvíme, pues, cerca del rey, donde hallé á Mr. de Blacas, y dije á S. M. para excusar á su ministro, que estaba enfermo, pero que al día siguiente tendría seguramente el honor de hacer la corte al rey. «Que haga lo que guste, replicó Luis XVIII; á las tres me marcho.» Y en seguida añadió con tono afectuoso estas palabras: «Voy á separarme de Mr. de Blacas, y su puesto queda vacío, Mr. de Chateaubriand.»

Esto era abrirme las puertas de la fortuna. Sin ocuparse mas de Mr. de Talleyrand, un político diestro habria hecho enganchar sus caballos para seguir ó preceder al rey. Yo cometí la torpeza de quedarme en mi posada.

Mr. de Talleyrand, no pudiendo persuadirse de que se fuese el rey, se había acostado; á las tres se le despertó para decirle que el rey iba á partir, y al pronto dudó de lo que oía. «¿He sido burlado, vendido! exclamó al fin.» Levántase de la cama, y vedle aquí por la primera vez de su vida en la calle á las tres de la mañana, apoyado en el brazo de Mr. de Ricé. Llega así al palacio del rey cuando los dos primeros caballos del tiro tenían ya la mitad del cuerpo fuera de la puerta cochera. Se manda detener al postillon, y preguntando el rey qué es aquello, se le grita: «Señor, es Mr. de Talleyrand.—Está durmiendo, dijo Luis XVIII.—Está aquí, señor.—Vamos, respondió el rey.» Los caballos retroceden con el carruaje,

ábrese la portezuela, baja el rey, y entra arrastrándose en su aposento, seguido del ministro, cojeando tambien. Una vez allí, Mr. de Talleyrand, lleno de cólera, comienza una explicación; S. M. le escucha, y le responde: «Príncipe de Benevento, nos dejais, no es esto? Las aguas os sentaran bien: no olvidéis darnos noticias vuestras.» El rey deja al príncipe desconcertado, se hace conducir de nuevo al carruaje, y parte.

Mr. de Talleyrand rabiaba de cólera; la sangre fría de Luis XVIII le había confundido. ¡El, Talleyrand, que se preciaba de tener tanta sangre fría, ser batido en su propio terreno, verse plantado en medio de la plaza en Mons, como el hombre mas insignificante! No acertaba á volver en sí. Permanece mudo, ve alejarse el carruaje, y en seguida, cogiendo al duque de Levis por un boton de su gaban: «¿Dónde, señor duque; id á decir cómo se me trata. Yo he vuelto á colocar la corona sobre la frente del rey (Talleyrand hablaba siempre de esta corona), y me voy á Alemania á comenzar una nueva emigración.»

Mr. de Levis escuchaba distraído, y alzándose sobre las puntas de los piés, dijo: «Príncipe, voy á partir; es necesario que haya al menos un gran señor con el rey.»

Mr. de Levis subió á un carrujillo de alquiler que conducía al canceller de Francia, y las dos grandezas de la monarquía *Capeto* se reunieron así la una al lado de la otra, á partir gastos, en una especie de cuévano merovingiano.

Yo habia rogado á Mr. Duras que trabajase en favor de una reconciliación y que me diese noticias de lo que adelantase: «¿Qué, me habia dicho Duras; permanecéis aquí despues de lo que os dije el rey?» Por su parte Mr. de Blacas al partir de Mons me dió gracias por el interés que yo le habia manifestado.

Volví á ver á Mr. de Talleyrand, y lo hallé muy apesadumbrado de no haber seguido mis consejos, y de haberse negado con la terquedad de un subterfugio calavera á ir á casa del rey; sentía que las negociaciones se llevasen á cabo sin su intervención, no poder participar del poder político y de los manejos de dinero que se preparaban. Yo le dije que aunque difería de su opinión, quedaba tan afecto á él como un embajador á su ministro, y que, por lo demás, ya tenia amigos cerca del rey y esperaba bien pronto saber algo bueno. Mr. de Talleyrand, inclinándose sobre mis hombros, me manifestó una verdadera ternura, y en aquel momento me creía él ciertamente un gran hombre.

No tardé en recibir un billete de Mr. de Duras; me escribía desde Cambray que el negocio estaba arreglado, y que Mr. de Talleyrand iba á recibir la orden de ponerse en camino: esta vez no dejó de obedecer el príncipe.

¿Qué diablos me impulsaba en esta desafortunada via? Yo no habia seguido al rey, quien me habia, por decirlo así, ofrecido ó mas bien dado el ministerio de su casa, y á quien ofendió mi obstinación en permanecer en Mons: yo me cortaba la cabeza por Mr. de Talleyrand, á quien conocía apenas, á quien no estimaba ni admiraba siquiera; por Mr. de Talleyrand, que iba á entrar en combinaciones que no eran las mías por cierto, que vivía en una atmósfera de corrupción en la que yo no podía respirar.

Del mismo Mons, y en medio de todas sus dificultades, fue de donde el príncipe de Benevento envió á Nápoles á Mr. Duperey á percibir los millones de uno de sus tratos de Viena. Mr. de Blacas caminaba al mismo tiempo con la embajada de Nápoles en su bolsillo, y los millones que el generoso desterrado de Gante le habia dado en Mons. Yo me habia sostenido en buenas relaciones con Mr. de Blacas, precisamente porque todo el mundo le detestaba; yo habia obtenido la amistad de Mr. de Talleyrand por mi fidelidad á un capricho de su carácter; Luis XVIII me habia llamado

positivamente cerca de su persona, y yo preferí la torpeza de un hombre sin fe al favor del rey: era, pues, muy justo que recibiese la recompensa de mi estupidez, y que fuese abandonado de todos por haberlos querido servir. Volví á Francia sin tener con qué pagar los gastos del viaje, mientras que llovian tesoros sobre los desgraciados. Bien merecía esta lección. Está muy bien convertirse en caballero pobre, cuando todo el mundo está repleto de oro; pero para ello no es necesario cometer faltas tan enormes como las mías. Si yo hubiese seguido al lado del rey, la combinación del ministerio Talleyrand y Fouché se habria hecho casi imposible, y comenzando la restauración por un ministerio moral y honroso, todas las combinaciones del porvenir podían cambiar. La indiferencia con que yo consideraba mi persona me engañaba sobre la importancia de los hechos: la mayor parte de los hombres tiene el defecto de darse demasiado valor, yo tengo el defecto de no darme bastante. Yo me envolví, pues, en el desden habitual de mi suerte; pero habria debido ver que la fortuna de la Francia se hallaba ligada en aquel momento á la de mi insignificante destino. Este fue uno de esos enredos históricos muy comunes.

DE MONS Á GONESSE.—ME OONGO CON EL CONDE BEUGNOT AL NOMBRAMIENTO DE FOUCHÉ COMO MINISTRO.—MIS RAZONES.—EL DUQUE DE WELLINGTON.—ARNOUVILLE.—SAINT-DENIS.—ÚLTIMA CONVERSACION CON EL REY.

Sali al fin de Mons y llegué á Chateau-Cambresis, donde me alcanzó Mr. de Talleyrand: teníamos el aspecto de ir á rehacer el tratado de paz de 1559 entre Enrique II de Francia y Felipe II de España.

En Cambray nos encontramos con que el marqués de La Suze, mariscal aposentador del tiempo de Fernelon, habia dispuesto de los billetes de alojamiento de Mad. de Levis, de Mad. de Chateaubriand y del mío: nos quedamos en la calle en medio de los fuegos de artificio y de la multitud circulante enredador nuestro y de los habitantes que gritaban ¡viva el rey! Habiendo sabido un estudiante que yo estaba allí, nos condujo á la casa de su madre.

Los amigos de las diversas monarquías de Francia comenzaban á aparecer: no venían á Cambray para la liga contra Venecia, sino para asociarse contra las nuevas constituciones, y acudían á poner á los piés del rey sus fidelidades sucesivas y su odio á la Carta, pasaportes que juzgaban necesarios para con *Monsieur*.

El 23 de junio apareció la declaración de Cambray, en la cual decía el rey: «Yo no quiero alejar de mi persona sino á esos hombres cuya fama es un objeto de dolor para la Francia y de espanto para la Europa.» ¡Yalo veis, el nombre de Fouché era pronunciado con gratitud por el pabellon Marsan! El rey se reía de la nueva pasión de su hermano, y decía: «No le ha venido por inspiración divina.» Ya os he contado que atravesando á Cambray despues de los Cien-Días, en vano busqué la habitación en que vivía cuando estaba en el regimiento de Navarra, y el café á que concurría con La Martiniere: todo habia desaparecido con mi juventud.

De Cambray fuimos á dormir á Roye: la dueña de la posada tomó á Mad. de Chateaubriand por la señora delina, y fue llevada en triunfo á una sala donde habia puesta una mesa de treinta cubiertos. La posadera no queria recibir paga alguna, y decía: «Yo me miro con malos ojos por no haber sabido hacerme guillotinar por nuestros reyes.» ¡Última chispa de un fuego que habia animado á los franceses durante tantos siglos!

El general Lamothe, cuñado de Mr. Laborie, vino enviado por las autoridades de la capital para ins-

truirnos de que nos seria imposible presentarnos en París sin la escarapela tricolor. Mr. de Lafayette y otros comisionados corrian de estado mayor en estado mayor mendigando cerca de extranjeros un señor cualquiera para la Francia: segun la eleccion de los cosacos, cualquier rey seria excelente con tal de que no descendiese de San Luis ni de Luis XVI.

En Roye se celebró consejo: Mr. de Talleyrand nos leyó una memoria, en la que examinaba el partido que debería tomarse, y en la que aventuraba algunas palabras sobre la necesidad de admitir indistintamente á todo el mundo á todos los destinos; daba á entender que se podría llegar generosamente hasta los jueces de Luis XVI. S. M. se encendió y exclamó golpeando con sus dos manos los brazos del sillón: «¡Jamás!» Este jamás se convirtió en veinte y cuatro horas.

En Senlis nos presentamos en casa de un canónigo, cuya criada nos recibió como á perros. En cuanto al canónigo, que no era Saint-Rieul, patron de la ciudad, ni siquiera quiso mirarnos. Su ama tenia orden de no prestarnos mas servicio que el de comprarnos que comer por nuestro dinero. Sin embargo, Senlis hubiera debido sernos de buen agüero, pues en esta ciudad fue donde Enrique IV se salvó de manos de sus carceleros en 1576. «Solo siento, exclamaba al escaparse el rey, compatriota de Montaigne, dos cosas que he dejado en París; la misa y mi mujer.»

De Senlis nos trasladamos á la cuna de Felipe Augusto, de otro modo Gonesse: al acercarnos á la aldea vimos dos personas que se adelantaban hacia nosotros, y eran el mariscal Macdonald y mi fiel amigo Hyde de Neuville, y que pagaron nuestro coche y nos preguntaron dónde estaba Mr. de Talleyrand. Ninguna dificultad tuvieron en decirme que le buscaban á fin de informar al rey que S. M. no debía pensar en volver á París antes de haber tomado á Fouché por ministro. La inquietud me acometió, pues á pesar de la manera con que Luis XVIII se habia pronunciado en Roye, yo no estaba muy tranquilo. «¿Cómo, señor mariscal, le pregunté: ¿es cierto que no podemos volver sino con tan duras condiciones? A fe mia, señor vizconde, me respondió el mariscal, que no estoy bien convencido de ello.»

El rey se detuvo dos horas en Gonesse. Yo dejé á Mad. de Chateaubriand en medio del camino en su coche, y acudí á consejo al corregimiento. Allí fue puesta á deliberación una medida de la que debía depender la suerte futura de la monarquía. La discusión se entabló, y yo sostuve, solo con Mr. Beugnot, que en ningún caso debía admitir Luis XVIII en sus consejos á Fouché. El rey escuchaba y yo veía que de buena gana hubiera cumplido la palabra de Roye, pero estaba dominado por *Monsieur* y apremiado por el duque de Wellington.

En un capítulo de la *Monarquía segun la Carta*, reasumi las razones que hice valer en Gonesse. Yo estaba animado, y la palabra hablada tiene un poder que se debilita en la palabra escrita: «En todas partes donde hay abierta una tribuna, dije en este capítulo, nadie que pueda estar expuesto á cargos de cierta naturaleza debe ser colocado á la cabeza del gobierno, pues un discurso, una palabra obligaría á semejante ministro á presentar su dimisión al salir de la cámara. Esta imposibilidad resultante del principio libre de los gobiernos representativos, fue la que no se conoció cuando todas las ilusiones se reunieron para elevar á un hombre famoso al ministerio, á pesar de la repugnancia demasiado fundada de la corona. La elevación de este hombre debía producir una de estas dos cosas: ó á la abolición de la Carta, ó la caída del ministerio á la apertura de las sesiones. Representémos al ministro de quien quiero hablar escuchando en la cámara de Diputados la discusión sobre el 21 de enero, pudiendo ser apostrofado á cada instante por

el gran diputado de Lyon y siempre amenazado por el terrible *Tu es ille vir!* Los hombres de esta especie no pueden ser empleados ostensiblemente sino con los mudos del serrallo de Rayaceto ó con los mudos del cuerpo legislativo de Bonaparte. ¿Qué sería el ministro si un diputado, subiendo á la tribuna con un *Monitor* en la mano, leyese el dictámen de la Convencion de 9 de agosto de 1793? ¿Si pide la expulsion de Fouché como indigno en virtud de ese dictámen que le echaba (hablo textualmente) como un ladrón y un terrorista, cuya conducta atroz y criminal comunicaba la deshonra y el oprobio á toda asamblea de la cual llegase á ser miembro?»

¿Hé aquí las cosas que se han olvidado!

Y despues de todo, ¿se habia tenido la desgracia

de creer que un hombre de esta especie podia ser útil en ningun tiempo? ¿Era preciso dejarle detrás de la cortina, consultar su triste experiencia; pero hacer violencia á la corona y á la opinion, llamar á cara descubierta un ministro semejante, un hombre á quien Bonaparte en aquel momento mismo trataba de infame, no era declarar que se renunciaba á la libertad y á la virtud? ¿Una corona vale semejante sacrificio? Ya no habia facultad para alejar á nadie. ¿A quién podia excluirse despues de haber admitido á Fouché?

Los partidos obraban sin pensar en la forma del gobierno que habian adoptado: todo el mundo hablaba de constitucion, de libertad, de igualdad, de derecho de los pueblos, y nadie queria nada de esto. Liberales y realistas se inclinaban al gobierno abso-



BATALLA DE WATERLOO.

luto mejorado por las costumbres: este es el temperamento de la Francia.

Mi capricho relativo á una carta puesta en movimiento por la accion religiosa y moral, ha sido causa de la malquerencia que ciertos partidos me han profesado: para los realistas, yo amaba demasiado la libertad; para los revolucionarios, yo despreciaba demasiado los crimines. Si yo no me hubiese encontrado allí, con gran detrimento mio, para hacerme maestro de escuela de constitucionalismo, desde los primeros dias los ultra y los jacobinos se habrian metido la constitucion en el bolsillo de su frac á lo flor de lis, ó de su carmañola á lo Casio.

Mr. de Talleyrand no gustaba de Fouché: Mr. Fouché detestaba y, lo que es mas extraño, despreciaba á Mr. de Talleyrand. Este, que al principio se hubiera contentado con no ser unido á Fouché, conociendo que este era inevitable, secundó el proyecto, sin advertir que con la Carta, él, unido al me-

trallador de Lyon, no era mas posible que Fouché.

Pronto se verificó lo que yo habia anunciado: no se tuvo el derecho de la administracion del duque de Otranto, sino únicamente el oprobio: acercándose la sombra de las Cámaras, bastó para hacer desaparecer á ministros demasiado expuestos á la franqueza de la tribuna.

Mi oposicion fue inútil: segun costumbre de los caracteres débiles, el rey levantó la sesion sin determinar nada; el decreto debia darse en el castillo de Arnouville.

En esta última residencia no se celebró un consejo en regla, pues solo fueron reunidos los íntimos y aliados en el secreto. Mr. de Talleyrand, que nos habia adelantado, se confabuló con sus amigos, y luego llegó el duque de Wellington, á quien vi pasar en una carreta, ondeando en el aire las plumas de su sombrero: venia á otorgar á la Francia Mr. Fouché y Mr. de Talleyrand, como el doble presente que

la victoria de Waterloo hacia á nuestra patria. Cuando se le representaba que el regicida duque de Otranto podia ser un inconveniente, respondia:—«¡Eso es una bagatela!» ¡Un irlandés protestante, un general inglés, extraño á nuestras costumbres y á nuestra historia, un ingenio que no veia en el año 1793 francés, mas que el antecedente inglés de 1649, estaba encargado de arreglar nuestros destinos! ¡La ambicion de Bonaparte nos habia reducido á esta miseria!

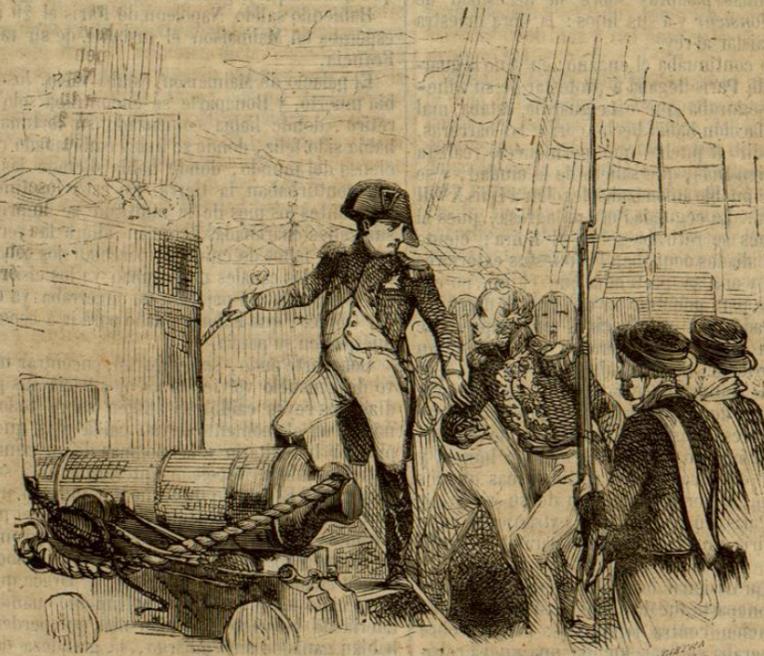
Entre tanto yo me paseaba solitario por los jardines desde donde el contralor general Machault á la edad de noventa y tres años habia ido á morir á *Madelonnettes*; pues la muerte en su gran revista no se olvidaba de nadie.

Ya no era llamado para nada: las familiaridades del

infortunio comun habian cesado entre el soberano y el súbdito, y el rey se preparaba á volver á su palacio y yo á mi retiro. El vacío vuelve á formarse enredor de los monarcas tan luego como reconquistan el poder, y rara vez he atravesado sin hacer reflexiones graves los salones silenciosos y deshabitados de las Tullerías que me conducian al gabinete del rey.

En Arnouville faltaba pan, y sin un oficial, llamado Dubourg, hubiéramos ayunado; este oficial salió al merodeo, y nos trajo medio carnero á la habitacion del corregidor, que se habia fugado. Si hubiera tenido armas la criada de este corregidor, nos habria recibido como Juana Hachette.

En seguida nos trasladamos á Saint-Denis: por las dos orillas de la calzada se extendian los vivaques in-



NAPOLEON SE EMBARCA PARA SANTA ELENA.

gleses y prusianos, y desde lejos se percibian las torres de la abadía. En sus cimientos echó Dagoberto sus joyas, y en sus subterráneos las razas sucesivas sepultaron á sus reyes y á sus grandes hombres: cuatro meses antes habíamos depositado allí los huesos de Luis XVI. Cuando volví de mi primer destierro en 1800, atravesé esa misma llanura de Saint-Denis, y aun no acampaban en ella sino soldados de Napoleon: todavía reemplazaban franceses á las antiguas bandas del condestable de Montmorency.

Un panadero nos alojó, y á las nueve de la noche fui á hacer mi visita al rey, que estaba hospedado en los edificios de la abadía. Primero entré en la iglesia, iluminada únicamente por una lámpara, y me hincué á orar á la entrada de la bóveda, donde habia visto descender á Luis XVI. Lleno de temor por el porvenir, no sé si jamás he tenido el corazon anegado en una tristeza mas profunda y mas religiosa. En seguida me dirigí á los aposentos de S. M., é introducido en una de las salas que precedian á la del rey, como no ví á nadie, me senté en un rincon, y esperé. De repente

se abrió una puerta, y entró silenciosamente el vicio apoyado en el brazo del crimen: Mr. de Talleyrand sostenido por Mr. Fouché. La vision infernal pasó lentamente, penetró en el gabinete del rey, y desapareció. Fouché iba á jurar fe y homenaje á su señor: arrodillado el regicida, puso las manos que hicieron caer la cabeza de Luis XVI entre las del hermano del rey mártir, y el obispo apóstata prestó caucion del juramento.

Al dia siguiente todo el mundo hablaba del nombramiento de Fouché, así la virtud como el vicio, el realista como el revolucionario, el extranjero como el francés, y de todas partes gritaban:—«Sin Fouché no hay seguridad para el rey; sin Fouché no hay salvacion para la Francia; él solo ha salvado ya la patria, y él solo puede terminar su obra.» La anciana duquesa de Duras era una de las nobles damas mas animadas en el himno, y el bailío de Crussol tambien hacia coro, declarando que si aun tenia su cabeza sobre los hombros, era porque lo habia permitido monsieur Fouché. Los cobardes habian tenido tanto

terror de Bonaparte, que habían tomado por un Tito al destructor de Lyon. Por espacio de mas de tres meses los salones de Saint-Germain me miraron como un descreído, porque desaprobaba el nombramiento de sus ministros. Estas pobres gentes se habían prosternado ante los intrusos, mas no por eso metían menos ruido con su nobleza, con su odio á los revolucionarios, con su fidelidad á toda prueba y con la inflexibilidad de sus principios, y adoraban á Fouché.

Este había conocido la incompatibilidad de su existencia ministerial con el juego de la monarquía representativa; como no podía amalgamarse con los elementos de un gobierno legal, intentó hacer los elementos políticos homogéneos á su propia naturaleza. Había creado un terror ficticio; suponiendo peligros imaginarios, pretendía forzar la corona á reconocer las dos cámaras de Bonaparte, y aun se murmuraban algunas palabras sobre la necesidad de desterrar á *Monsieur* y á sus hijos: la obra maestra hubiera sido aislar al rey.

Entre tanto continuaba el engaño; en vano la guardia nacional de París llegaba á protestar de su adhesión, y se aseguraba que esta guardia estaba mal dispuesta. La facción había hecho cerrar las barreras, á fin de impedir al pueblo que permaneció realista durante los Cien-Días, que saliera de la ciudad, y se decía que este pueblo amenazaba degollar á Luis XVIII cuando pasara. La ceguedad era milagrosa, pues el ejército francés se retiraba sobre el Loira; ciento cincuenta mil aliados ocupaban los puestos exteriores de la capital, y aun se pretendía que el rey no era bastante fuerte para penetrar en una ciudad donde no había un soldado, y si solo vecinos muy capaces de contener á un puñado de federados si se hubieran atrevido á moverse. Desgraciadamente el rey, por un conjunto de coincidencias fatales, parecía el jefe de los ingleses y de los prusianos; creía estar rodeado de libertadores, y estaba acompañado de enemigos; parecía defendido por una escolta de honor, y esta escolta no era otra cosa en realidad mas que los gendarmes que le conducían fuera de su reino, y atravesaba á París en compañía de extranjeros cuyo recuerdo serviría un día de pretexto para el destierro de su raza.

El gobierno provisional formado despues de la abdicación de Bonaparte fue disuelto por una especie de acta de acusación contra la corona: piedra sobre la cual se esperaba edificar un día una nueva revolución.

En la primera restauración era yo de parecer que se conservase la escarapela tricolor, pues brillaba con toda su gloria, y la blanca estaba olvidada: conservando colores que habían legitimado tantos triunfos, no se preparaba para una revolución previsoramente. No tomar la escarapela blanca hubiera sido prudente; abandonarla despues que había sido llevada por los mismos granaderos de Bonaparte, era una cobardía; no se pasa impunemente bajo las horcas caudinas; lo que deshonra es funesto; una hofetada no os causa físicamente ningún daño, y sin embargo os mata.

Antes de salir de Saint-Denis fui recibido por el rey, y tuve con él la conversación siguiente:

—«¿Y bien! me dijo Luis XVIII abriendo el diálogo por esta exclamación.

—«Con que tomáis al duque de Otranto, señor.

—«Ha sido preciso; desde mi hermano hasta el bailío de Crussol (y este no es sospechoso), todos decían que no podíamos obrar de otro modo: ¿qué pensáis de ello?

—«Señor, la cosa está ya hecha, y pido á V. M. permiso para callarme.

—«No, no, hablad: ya sabéis cuánto he resistido desde Gante.

—«Señor, no hago mas que obedecer vuestras ór-

denes; perdonad mi fidelidad: creo terminada la monarquía.»

El rey guardó silencio, y yo comenzaba á temblar de mi atrevimiento, cuando S. M. repuso:

—«Pues bien, Sr. de Chateaubriand; soy de vuestro parecer.»

Este diálogo termina mi relación de los Cien-Días.

Revisado en diciembre de 1846.

BONAPARTE EN MALMAISON. — ARRANDO GENERAL.

Si un hombre fuese transportado repentinamente desde las escenas mas ardientes de la vida á la orilla silenciosa del Océano helado, experimentaría lo que yo experimento cerca de la tumba de Napoleón; porque benos aquí llegados al borde de esa tumba.

Habiendo salido Napoleón de París el 29 de junio, esperaba en Malmaison el instante de su marcha de Francia.

El palacio de Malmaison estaba vacío. Josefina había muerto, y Bonaparte se encontraba solo en este retiro, donde había comenzado su fortuna, donde había sido feliz, donde se había embriagado con el incienso del mundo, donde había dictado las órdenes que conturbaban la tierra. En estos jardines donde poco antes los pies de la multitud se imprimían en sus calles enarenadas, crecían ahora la yerba y los espinos: faltos de cuidado, perecían los árboles exóticos: en los canales no bogaban ya los cisnes negros de la Oceanía: la pajarera no encerraba ya las aves del trópico, que habían volado para ir á esperar á su huésped en su patria.

Bonaparte pudo, sin embargo, encontrar un motivo de consuelo volviendo los ojos hácia sus primeros días: los reyes caídos se afligen sobre todo porque no ven en el momento de su caída mas que un esplendor hereditario y las pompas de su cuna; pero, ¿qué descubría Napoleón anteriormente á sus prosperidades? El establo de su nacimiento en una aldea de Córcega. Mas magnánimo y arrojando el manto de púrpura, debió revestir con orgullo el sayon del cabrero; pero los hombres no se vuelven á colocar en su origen cuando este fue humilde, y parece que el injusto cielo les priva de su patrimonio cuando en la lotería de la suerte no hacen mas que perder lo que habían ganado: sin embargo, la grandeza de Napoleón viene de lo que había salido de sí mismo, pues nada de su sangre le había precedido ni preparado su poder.

Al aspecto de estos jardines abandonados, de estos aposentos deshabitados, de estos salones donde habían cesado los cantos y la música, Napoleón podía repasar toda su carrera y preguntarse si con una poca mas de moderación no habría conservado sus felicidades. Extranjeros ni enemigos, no le desterraban ahora, ni se iba casi vencedor dejando á las naciones admiradas despues de la prodigiosa campaña de 1814, sino que franceses y amigos, exigían su abdicación inmediata, apresuraban su marcha; no le querían ya ni por general, y le despachaban correos sobre correos para obligarle á abandonar el suelo sobre que había vertido tanta gloria como desgracias.

A esta lección tan dura se unían otras advertencias: los prusianos rodaban por las cercanías de Malmaison, y Blücher, medio ebrio, ordenaba agarrar y ahorcar al conquistador que *había puesto el pie sobre el cuello de los reyes*. La rapidez de las fortunas, la vulgaridad de las costumbres, la prontitud de la elevación y caída de los personajes modernos, temo que quitará á nuestro tiempo una parte de la nobleza de la historia: Roma y Grecia no hablaron nunca de *ahorcar* á Alejandro ni á César.

Las escenas que habían tenido lugar en 1814 se re-

novaron en 1815, pero de una manera algo mas chocante, porque los ingratos estaban estimulados por el miedo: era preciso deshacerse pronto de Napoleón, porque los aliados llegaban: Alejandro no estaba allí en el primer momento para templar el triunfo y contener la insolencia de la fortuna. París había cesado de estar adornado con su corona de inviolabilidad, pues una primera invasión la había manchado: ya no era la cólera de Dios la que caía sobre nosotros, sino el desprecio del cielo: el rayo se había apagado.

Todas las miserias habían adquirido en los Cien-Días un nuevo grado de indignidad: afectando elevarse por amor á la patria, sobre las adhesiones personales, gritaban que Bonaparte había sido demasiado criminal en violar los tratados de 1814; pero los verdaderos culpables, ¿no eran aquellos que favorecieron sus designios? Si en 1815, en vez de proporcionarle ejércitos despues de haberle abandonado una vez para abandonarle otra, le hubiesen dicho cuando llegó á las Tullerías: —«Vuestro genio os ha engañado, y la opinión no es ya vuestra; tened lástima de la Francia. Retiraos despues de esta última visita á la tierra, y marchaos á vivir á la patria de Washington. ¿Quién sabe si los Borbones no cometerán faltas? ¿Quién sabe si un día la Francia no volverá los ojos hácia vos, cuando en la escuela de la libertad hayáis aprendido el respeto á las leyes? Entonces volveréis, no como raptor que cae sobre su presa, sino como gran ciudadano pacificador de su país.»

Pero no le hablaron este lenguaje: prestáronse á las pasiones de su jefe, y contribuyeron á cegarle seguros como estaban de aprovecharse de su victoria ó de su derrota. Solo el soldado murió por Napoleón con una sinceridad admirable. Y si los visires del califa despojador se hubiesen contentado con volverle la espalda! Pero no; se aprovechaban de sus últimos momentos; le apuraban con sordidas pretensiones, y todos querían sacar dinero de su pobreza.

Bonaparte había dado lugar á este completo abandono: insensible á las penas de los demás, el mundo le devolvió indiferencia por indiferencia. Así como la mayor parte de los déspotas, estaba bien con su domesticidad, aun cuando en el fondo; hombre solitario, se bastaba á sí propio.

Cuando recojo mi memoria; cuando recuerdo haber visto á Washington en su pequeña casa de Filadelfia y á Bonaparte en sus palacios, me parece que Washington, retirado en su campo de la Virginia, no debía experimentar las angustias de Bonaparte esperando el destierro en sus jardines de Malmaison. Nada había cambiado en la vida del primero que volvía á sus hábitos modestos, que no se había elevado sobre la felicidad de los colonos, á quienes había dado la libertad; pero todo estaba trastornado en la vida del segundo.

SALIDA DE MALMAISON. — RAMBOUILLET. — ROCHEFORT.

Napoleón salió de Malmaison acompañado de los generales Bertrand, Rovigo y Becker, este último en calidad de vigilante ó de comisario. En el camino le entró gana de detenerse en Rambouillet, de donde salió para embarcarse en Rochefort, como Carlos X para embarcarse en Cherbourg: Rambouillet, retiro sin gloria, donde se eclipsó lo que hubo de mas grande en la raza y en el hombre; lugar fatal, donde murió Francisco I; donde Enrique III, huyendo de las barricadas, se acostó vestido y de paso donde Luis XVI ha dejado su sombra! ¡Felices Luis, Napoleón y Carlos, si no hubiesen sido mas que oscuros pastores de los rebaños de Rambouillet!

En Rochefort vacilaba Napoleón; pero la comisión ejecutiva enviaba órdenes sobre órdenes diciendo: «Las guarniciones de Rochefort y de la Rochela deben

prestar auxilio para hacer embarcar á Napoleón. Emplead la fuerza... hacédele marchar... sus servicios no pueden ser aceptados.»

¡Los servicios de Napoleón no podían ser aceptados! ¿Pues no aceptásteis sus beneficios y sus cadenas? Napoleón no se iba, sino que era echado; y por quién?

Bonaparte solo había creído en la fortuna, y ahora una justa pena del talion le hacia comparecer ante su sistema. Cuando el triunfo, cesando de animar su persona, se encarnó en otro individuo, los discípulos abandonaron el maestro por la escuela. Yo que creo en la legitimidad de los beneficios y en la soberanía de la desgracia, si hubiese servido á Bonaparte, no le habría abandonado antes por el contrario le habría probado por mi fidelidad la falsedad de sus principios políticos; compartiendo sus desgracias, hubiera permanecido á su lado, como un mentís vivo de sus estériles doctrinas y del poco valor del derecho de la prosperidad.

Desde el 1.º de julio le esperaban unas fragatas en la rada de Rochefort, pero esperanzas que no mueren jamás, recuerdos inseparables del último adios, le detuvieron. ¿Cuánto debía echar de menos los días de su infancia, cuando sus ojos serenos aun no habían visto caer la primera lluvia! Dió tiempo á la escuadra inglesa de acercarse. Aun podía haberse embarcado en un lugre que lo trahordaría á un buque danés (este partido fue el que tomó su hermano José); pero le faltó resolución al mirar las costas de Francia. Tenía aversión á una república y le repugnaban la igualdad y la libertad de los Estados-Unidos. Inclínabase á pedir un asilo á los ingleses, y decía á los que le consultaban: «¿Qué inconveniente encontráis en ese partido? —El inconveniente de deshonraros, le respondió un oficial de marina; ni siquiera debéis caer entre manos de ingleses, pues os harán empalar para enseñaros á un schelling por cabeza.»

BONAPARTE SE REFUGIA EN LA ESCUADRA INGLESA. — ESCRIBE AL PRINCIPE REGENTE.

A pesar de estas observaciones, el emperador resolvió entregarse á sus vencedores. El 13 de julio, estando ya en París Luis XVIII hacía cinco días, Napoleón envió al capitán del navío inglés el *Belerofonte* esta carta para el príncipe regente:

«Alteza real, blanco de las facciones que dividen mi país, y de la enemistad de las mas grandes potencias de la Europa, he terminado mi carrera política, y vengo, como Temístocles, á sentarme al hogar del pueblo británico. Yo me pongo bajo la protección de sus leyes, que reclamo de V. A. R. como del mas poderoso, mas constante y mas generoso de mis enemigos.

Rochefort 15 de julio de 1815.

Si por espacio de veinte años no hubiera llenado Bonaparte de ultrajes al pueblo inglés, á su gobierno, á su rey y al heredero de este rey, se habría podido encontrar alguna conveniencia de tono en esta carta; pero cómo esta *Alteza real* tan insultada, tan despreciada de Napoleón, se convierte de pronto en el mas poderoso, el mas constante, el mas generoso de sus enemigos, por la única razon de que es victorioso? El no podía estar persuadido de lo que decía, y lo que no es verdad no es elocuente.

Algo peor que una falta de sinceridad hay en el paso dado por Bonaparte; hay el olvido de la Francia. El emperador solo se ocupa de su catástrofe individual, y nada son los franceses ante sus ojos. Sin pensar que al dar la preferencia á la Inglaterra sobre la América, la elección era un ultraje al luto de la pa-

tria, solicitó un asilo del gobierno que hacia veinte años concitaba á la Europa contra la Francia, de ese gobierno, cuyo comisionado en el ejército ruso, el general Wilson, excitaba á Kutuzoff en la retirada de Moscou, para que acabase de exterminar su ejército. Los ingleses, afortunados en la batalla final, acampaban en el bosque de Boulogne. ¡Id, pues, oh Temistocles, á sentaros tranquilamente en el hogar británico, mientras que la tierra no ha acabado de absorber aun la sangre francesa derramada por vos en Waterloo! ¿Qué papel hubiera hecho el fugitivo, festejado tal vez, á orillas del Támesis, enfrente de la Francia invadida, de Wellington hecho dictador en el Louvre? Pero los ingleses, dejándose llevar de una política mezquina y rencorosa, perdieron su último triunfo: en vez de perder al suplicante, admitiéndolo en sus cárceles ó en sus festines, le hicieron mas brillante para la posteridad la corona que creían haberle arrebatado. En el cautiverio creció con el enorme terror de las potencias, y en vano le encadenaba el Océano: la Europa armada acampaba á la orilla con los ojos fijos en el mar.

BONAPARTE Á BORDO DEL BELEROFONTE.—TORBAY.—ACTA QUE CONFINA Á BONAPARTE Á SANTA ELENA.—SE TRASBORDA AL NORTHUMBERLAND, Y SE DA Á LA VELA.

El 15 de julio transportó el *Epervier* á Napoleon al *Belerofonte*. La embarcacion francesa era tan pequeña, que desde á bordo del buque inglés no se distinguía el gigante sobre las olas. Al acercarse el emperador al capitán Maitland, le dijo:—«Vengo á ponerme bajo la proteccion de las leyes de Inglaterra.» Una vez al menos, el conculcador de las leyes confesaba su autoridad.

La escuadra hizo rumbo hácia Torbay: una multitud de barcas cruzaban alrededor del *Belerofonte*. El 30 de julio entregó lord Keith al requirente el decreto que le confinaba á Santa Elena.—«Esto es peor que la jaula de Tamerlan,» dijo Napoleon.

Esta violación del derecho de gentes y del respeto á la hospitalidad, era irritante. El que nace en un buque de cualquiera clase con tal que esté á la vela es considerado como *inglés de nacion* y con arreglo á las antiguas costumbres de Londres las olas están reputadas como *tierra de Albion*. Y un navio inglés dejó de ser en este caso ara inviolable para un suplicante, y no puso bajo la proteccion del tridente inglés al grande hombre que abrazó la popa del *Belerofonte*! Bonaparte protestó y argumentó con leyes, y habló de traición y de perfidia, y apeló al porvenir. ¿Le sentaba esto bien? ¿No habia hollado en su fortuna las cosas santas, cuya garantía invocaba? ¿No habia arrebatado él á Toussaint-Louverture y al rey de España? ¿No habia hecho prender y retener prisioneros por espacio de años, á los viajeros ingleses que se hallaban en Francia en el momento de la ruptura del tratado de Amiens? Permitase, pues, á la mercantil Inglaterra imitar lo que él mismo habia hecho, y usar de innobles represalias!

En Bonaparte no correspondia la grandeza del corazón con las dimensiones de la cabeza. Sus querellas con los ingleses son deplorables é irritan á lord Byron. ¿Cómo se dignó honrar con una palabra á sus carceleros? Se padece mucho al verlo rebajarse á conflictos de palabras con lord Keith en Torbay, con ser Hudson Lowe en Santa Elena, y regatear sobre un título y sobre un poco mas ó menos de oro y de honores.

Reducido á sí mismo, Bonaparte estaba reducido ó su gloria, y esto debia bastarle: nada debia haber perdido á los hombres: no trataba bastante despóticamente á la adversidad, y bien se le hubiera perdonado hacer de esta su último esclavo. Yo no encuentro nada notable en su protesta contra la violación de la hospitalidad, sino la firma que la terminaba: *A bordo*

del *Belerofonte*, en la mar, *Napoleon*. En estas armonías se ve la inmensidad.

Del *Belerofonte* se trasbordó Napoleon al *Northumberland*, escoltado por dos fragatas que conducian la futura guarnicion de Santa Elena; algunos oficiales de esta guarnicion habian combatido en Waterloo. Por un artículo de las instrucciones del capitán, *Bonaparte debia ser desarmado*: ¡Napoleon, solo, prisionero en un navio, en medio del Océano, *desarmado*! ¡Qué magnífico terror de su poder; pero tambien qué leccion del cielo para los hombres que abusan de su poderío! El estúpido almirantazgo trataba como un sentenciado de Botany-Bay á la gran concepcion de la raza humana: ¡el príncipe Negro hizo desarmar al rey Juan!

La escuadra levó áncoras. Desde la barca que condujo á César, ningun buque estuvo cargado con un destino semejante. Bonaparte se acercaba á esa mar de los milagros, por donde se habia visto pasar el árabe del Sinaí. La última tierra de Francia que descubrió Napoleon fue el Cabo la Hogue; otro trofeo de los ingleses.

El emperador se engañaba por lo tocante al interés de su memoria al manifestar deseos de que le dejaran permanecer en Europa, donde no habria tardado en ser un prisionero vulgar ó envilecido: su mision habia ya terminado; pero mas allá de los límites de esta le esperaba una nueva posición en la que podia rejuvenecerse con nueva celebridad. Ninguno de los hombres que han agitado el universo han tenido un fin semejante al de Napoleon. No le proclamaron como en su primera caída autócrata de algunas minas de hierro ó canteras de metal, á propósito las unas para forjar una espada, y las segundas una estatua: dejéronle sobre una roca en cuya cima permaneció como un águila hasta su muerte acechando el universo, y siendo á su vez visto de todo el mundo.

JUICIO SOBRE BONAPARTE.

En el momento en que Bonaparte sale de Europa y abandona su vida para ir á buscar los destinos de su muerte, conviene examinar este hombre en sus dos existencias, pintar el falso y el verdadero Napoleon: ambos se confunden y forman un todo de la mezcla de su realidad y su mentira.

De esta reunion resulta que Bonaparte era un poeta en acción, un genio inmenso en la guerra, un espíritu infatigable, hábil y sensato en la administracion, y un legislador laborioso y razonable. Por eso hiere tanto la imaginacion de los pueblos, y tiene tanta autoridad sobre el juicio de los hombres positivos. Mas como político, siempre será un hombre defectuoso á los ojos de los hombres de Estado. Esta observacion, que se ha escapado á la mayor parte de sus panegiristas, estoy convencido de que llegará á ser la opinion definitiva que explicará el contraste de sus acciones prodigiosas y de sus miserables resultados. En Santa Elena, el mismo condenó con severidad su conducta política sobre dos puntos; la guerra de España y la guerra de Rusia, y aun pudo extender su confesion á otras culpas. Sus entusiastas no sostendrán tal vez que, al criticarse, se ha engañado á sí mismo. Recapitulemos: Bonaparte obró contra toda prudencia, sin que hablemos otra vez de lo odioso de la acción, matando al duque de Enghien. A pesar de los pueriles apologistas, esta muerte, como ya hemos visto, fue la causa secreta de las discordias que estallaron en lo sucesivo entre Alejandro y Napoleon como entre la Rusia y la Francia.

La empresa sobre España fue completamente impolítica; la península era del emperador, y podia sacar de ella el partido mas ventajoso; pero en lugar de esto, hizo de ella una escuela para los soldados ingle-

ses, y el principio de su propia destruccion por el levantamiento de un pueblo.

La detencion del papa y la reunion de los Estados de la Iglesia á la Francia, no fue mas que un capricho de la tiranía, por el cual perdió la ventaja de pasar por restaurador de la religion.

Bonaparte no se contuvo despues de haberse desposado con la hija de los Césares, como debió hacerlo; la Rusia y la Inglaterra le pedian gracia.

No dió vida á la Polonia, cuando del restablecimiento de este reino dependia la salvacion de la Europa.

Y se precipitó sobre la Rusia á pesar de las representaciones de sus generales y de sus consejeros.

Prosiguiendo en su locura, pasó mas allá de Smolensk, cuando todo le decia que no debia ir mas lejos; que su primera campaña del Norte estaba concluida, y que la segunda (él mismo lo decia) le haria señor del imperio de los Czares.

No supo ni computar los días, ni prever el defecto de los climas, que todo el mundo en Moscou computaba y previa. Véase en su lugar lo que he dicho del *bloqueo continental* y de la *confederacion del Rin*! el primero, concepcion gigantesca, pero acto dudoso; la segunda, obra considerable, pero maleada en la ejecucion por el instinto de campamento y el espíritu de fiscalizacion. Napoleon recibió en donativo la vieja monarquía francesa, tal como la habian hecho los siglos, y una sucesion no interrumpida de grandes hombres, tal como la habian dejado la magestad de Luis XIV y las alianzas de Luis XV; tal como la habia engrandecido la república. Sentóse sobre este magnífico pedestal; extendió los brazos, asíó á los pueblos, y los reunió enredador suyo; pero perdió la Europa con tanta prontitud como la habia tomado, y llevó dos veces á París los aliados, á pesar de los milagros de su inteligencia militar. Tenia el mundo á sus piés, y de él no supo sacar mas que una cárcel para sí mismo, un destierro para su familia, y la pérdida de todas sus conquistas y de una porcion del antiguo suelo francés.

Esta es la historia autorizada con los hechos que nadie podria negar. ¿De dónde nacian las faltas que acabo de indicar, seguidas de un desenlace tan pronto y tan funesto? Nacian de la imperfeccion de Bonaparte en política.

En sus alianzas no encadenaba á los gobiernos sino por concesiones de territorio cuyos límites no tardaba en cambiar: descubriendo sin cesar el pensamiento oculto de recoger lo que habia dado; haciendo sentir siempre la opresion de sus invasiones, nada reorganizaba, excepto la Italia. En vez de detenerse despues de cada paso para reedificar en otra forma lo que habia destruido, jamás alteraba su movimiento de progresion entre las ruinas, y marchaba tan ligero, que apenas tenia tiempo para respirar por donde pasaba. Si por una especie de tratado de Westphalia hubiera arreglado y asegurado la existencia de los Estados, en Alemania, en Prusia, en Polonia, en su primera marcha retrógrada, se hubiera encontrado con poblaciones satisfechas que le habrian proporcionado auxilios. Pero su poético edificio de victorias, falto de bases y suspendido únicamente en el aire por su genio, cayó cuando este comenzó á retirarse. El macedonio fundaba sus imperios corriendo: Bonaparte corriendo no sabia mas que destruirlos: su único objeto era ser personalmente señor del globo, sin ocuparse de los medios para conservarlo.

Se ha querido hacer de Bonaparte un ser perfecto, un tipo de sentimiento, de delicadeza, de moral y de justicia; un escritor como César y Tucídides; un orador y un historiador, como Demóstenes y Tácito. Los discursos públicos de Napoleon y sus frases de campamento son tanto menos inspiradas por el soplo profético, cuanto que anunciaban desgracias que no se cumplieron, en tanto que él si ha desaparecido. Bonaparte ha sido verdaderamente el destino durante

diez y seis años: el destino es mudo, y Bonaparte hubiera debido serlo. Bonaparte no era César; su educacion ni era sabia ni escogida, y medio extranjero, ignoraba las primeras reglas de nuestro idioma. ¿Qué importa eso, si daba la voz de mando al universo? Sus boletines tienen la elocuencia de la victoria, y algunas veces, en la embriaguez del triunfo, afectaba escribirlos sobre un tambor: de en medio de los mas lúgubres acentos partian fatales carcajadas. Yo he leído con atencion lo que ha escrito Bonaparte; los primeros manuscritos de su infancia, sus novelas, sus folletos á Buttafuoco, la *Cena de Beaucaire*, sus cartas secretas á Josefina, los cinco volúmenes de sus discursos, de sus órdenes y de sus boletines, y sus despachos inéditos, mejorados por la redaccion de los escritores de Mr. de Talleyrand, nada he encontrado entre ellos sino un autógrafo dejado en la isla de Elba, el cual contiene pensamientos que parecen propios del gran insular.

«Mi corazón se niega á las alegrías comunes como al dolor ordinario.»

«No habiéndome dado la vida, tampoco me la quitaré, en tanto que ella quiera residir en mí.»

«Mi ángel malo se me apareció, y me anunció mi fin, que he encontrado en Leipsick.»

«Yo he conjurado el terrible espíritu de novedad que recorria el mundo.»

Esto es ciertamente del verdadero Napoleon.

Si sus boletines, discursos, alocuciones y proclamas se distinguen por la energía, esta no le pertenecía en propiedad exclusiva, pues era de su tiempo y venia de la inspiracion revolucionaria que se debilitó en Bonaparte, porque marchaba á la inversa de la tal inspiracion, Danton decia:—«El metal hierve, y si no cuidais del hornillo, todos os abrasareis.» Saint-Just decia: «¡atreveos!» Esta palabra contiene toda la política de nuestra revolucion; los que hacen revoluciones á medias solo cavan un sepulcro.

¿Podrá encontrarse mas alvarez de expresion en los boletines de Bonaparte?

En cuanto á los numerosos volúmenes publicados con el título de *Memorias de Santa Elena, Napoleon en el destierro*, etc., etc; estos documentos recogidos de boca de Bonaparte, ó dictados por él á diferentes personas, tienen algunos hermosos pasajes sobre acciones de guerra, algunas apreciaciones notables sobre ciertos hombres; pero, en definitiva, Napoleon solo se ha ocupado en ellos de hacer su apología, justificar su pasado, construir sobre ideas gastadas sucesos consumados, y cosas en las que jamás habia pensado durante el curso de los acontecimientos. En esta compilacion, donde el pró y el contra se suceden á cada paso, es difícil separar lo que corresponde á Napoleon de lo que pertenece á sus secretarios. El dictaba su historia tal como queria dejarla; era un autor escribiendo artículos sobre su propia obra. Nada, pues, mas absurdo que extasiarse en repertorios de todas manos, que no son, como los *Comentarios de César*, una obra corta, producto de una gran cabeza, redactada por un escritor superior; y sin embargo, estos *Comentarios*, como pensaba Asinio Pollion, no eran ni exactos ni fieles. El *Memorial de Santa Elena* es bueno para el candor y para la sencillez de la admiracion.

Una de las cosas que mas ha contribuido á hacer odioso á Napoleon durante su vida, era su inclinacion á recomponer todo: en una ciudad abrasada daba unos decretos sobre el restablecimiento de algunos cómicos, y otros que suprimian monarcas; parodia de la omnipotencia de Dios, que arregla la suerte del mundo y de una hormiga. A la caída de los imperios mezclaba insultos á mujeres; complaciase en la humillacion de lo que habia abatido, y calumniaba y heria particularmente á todo lo que habia osado resistirsele. Su arrogancia igualaba á su fortuna, y creia